



EPISODIOS  
DE UNA GUERRA  
INACABADA

Juako Escaso

# LA BRIGADA ANARQUISTA

Román señala con el índice a un grupo de hombres armados y cuenta en voz baja.

—Si me dieran una perra gorda por cada comunista que he contado sería millonario. ¡Cago en la... —se queja, de pronto—, otra vez perdí la cuenta!

—¡Déjalo ya, idiota! ¿Quieres que nos peguen un tiro?

Román le dirige a Esteban una mirada arrogante y lo manda a paseo con un aspaviento.

—Escúchame lo que te voy a decir —replica, con acento andaluz—: no ha nasío aún el comunista...

—...capaz de acabar contigo —interrumpe Esteban, acabando la frase en su lugar—. Sí, hombre, si ya nos lo sabemos, cada día la misma cantinela. Tanto malmeter contra los comunistas, a ver si al final va a resultar que te hacen tilín...

Esteban no lo puede evitar, disfruta provocando a Román; son como dos niños en el patio del colegio. Román se levanta, furioso, y se lanza sobre él, pero Esteban es más ágil y fuerte. Ambos fingen que luchan, pero ni uno ni otro se lo toma en serio y tampoco los que están a su alrededor. Mientras forcejean y ruedan por el suelo, Esteban insiste en sus provocaciones.

—Podrías ponerte uno de esos gorros rusos —dice, mientras trata de retorcerle el brazo—. ¡Eh, Madriles, ¿cómo se llaman esos gorros rusos?!

—Y yo qué sé... gorros rusos, supongo —replica aquél, mientras reparte una mano de cartas.

—*Ushanka*.

Pedro ha respondido sin levantar la vista del libro, pero la distracción ha sido suficiente para hacerle perder el hilo de la lectura, así es que se ve obligado a retomar el párrafo desde el principio. ¿Cómo se le pueden olvidar tan rápido las cosas?, piensa, mientras intenta concentrarse de nuevo en el texto.

—¿Qué te parece? Podrías decirles a los mongoles que te regalen un

“usanca” de esos, seguro que te estará muy pintón... —Por fin, consigue inmovilizarlo— Vamos, confiesa: ¿eres comunista?

Román resopla e intenta zafarse, pero el esfuerzo es inútil.

—¿Eres espía ruso, acaso te envía Stalin para vigilarnos?

—Esa sí que es buena —comenta el Niño, el más joven de los tres hombres que matan el tiempo echando una partida de julepe.

Uno de los compañeros le propina un pescozón y le conmina a centrarse en el juego, pero la escena está empezando a adquirir tintes de farsa y muy pronto todos los presentes acaban prestando atención.

—¡Vamos, confiesa! —insiste Esteban— No voy a soltarte hasta que hables.

—Está bien, está bien, lo confieso, soy espía del Kremlin... —Román le sigue el juego haciéndose la víctima.

—¿Cómo te llamas?

—Román.

—¡Tu nombre verdadero!

—Roman... ovich? —improvisa.

Esteban aguanta la risa para no estropear la actuación, pero los demás hombres ya ríen a carcajadas.

—¿Quién te envía? —pregunta, cómodo en su papel.

—La Pasionaria.

—Pero qué dices, si esa está en Rusia...

—Dímelo a mí, que tuve que pagarme el taxi de vuelta.

—¿Quién es tu jefe aquí?

Román le mira extrañado.

—¿Aquí? Ninguno. El más cercano es Carrillo y está en Argelia...

Pedro, que hasta este momento ha intentado no prestar atención, levanta la mirada del libro con una sonrisa. Hay que reconocer que cada vez lo hacen mejor, reflexiona.

—Está bien, ¿dónde llevas el vodka?

Román niega con un gesto de cabeza.

—Vamos, no te hagas el tonto. Dámelo.

—No, por favor, el vodka no... Es todo lo que tengo... —suplica Román, defendiendo la cantimplora que hace las veces de botella de vodka.

Por el camino que discurre a escasos metros de distancia, se aproximan media docena de hombres, dos de los cuales son mongoles, voluntarios rusos que luchan junto a los franceses en contra de los nazis. Ninguno lleva el *ushanka* ni distintivos del Ejército Rojo; por el contrario, ambos visten a la manera de los *maquisard* y llevan en la manga el brazalete de las FFI. Sus rasgos faciales, sin embargo, les delatan. Viéndolos llegar, Esteban y Román recuperan la compostura y se sientan junto al resto del grupo, disimulando. Al pasar por delante, los guerrilleros comunistas saludan con un gesto leve y los anarquistas corresponden de igual modo.

Esteban se recuesta contra un árbol y se quita las botas con cansancio.

—¿Quién tiene tabaco? ¿Román?

—*Parra ti ni aunque me sobrrara* —responde mezclando acentos ruso y andaluz.

—¿Anselmo?

Anselmo, un hombre flaco y moreno cuya verdadera edad nadie conoce, dormita con la boina sobre la cara.

—Ni una hebra —responde, sin moverse.

—¿Juanel?

—Ná.

—¿Madriles?

—Tampoco.

—¿Pedro?

Pedro no se da por aludido y sigue leyendo con la esperanza de que no insista, pero sabe que es casi imposible; aparte de trabajar y jugar a las cartas, fumar es una de las pocas maneras de matar el tiempo en el *chantier*.

—Vamos, Perico, puedo olerlo desde aquí —bromea Esteban.

A Pedro no le queda más remedio que ceder, sabe que su compañero es capaz de insistir hasta hacerle perder los nervios. Echa mano a la chaqueta de pana, saca una bolsita de cuero y se la lanza sin levantar la mirada.

—Hazme otro a mí, ya que te pones. Y no los cargues, aún tiene que durar un par de días.

Esteban inspira el aroma del tabaco y escapa un suspiro de satisfacción. Lía un cigarrillo fino para él y le da otro a Pedro junto con la tabaquera.

Madriles levanta la vista y deja las cartas al tiempo que chasquea los dedos para llamar la atención de sus compañeros.

—Eh, mirad, ahí llega el Manco.

Al instante, todos dejan lo que están haciendo y se levantan. Incluso Anselmo, al oírlo, da por finalizado su descanso, se cala la boina y se pone en pie como los demás. El Manco, un hombre de mediana edad, alto y delgado, que camina con ademán seguro y aire reservado, se aproxima al grupo con paso calmo. Lleva la manga izquierda de la guerrera doblada a la altura del codo y cosida a la hombrera, lo que le imprime aún más carácter y también cierto halo de respeto. Tiene el pelo negro repeinado hacia atrás, la piel cetrina, ajada por el aire de la montaña; sus ojos, entrecerrados para protegerse del humo que asciende sin pausa del cigarrillo, esconden una mirada despierta y vivaz.

—¿Puedo? —pregunta, apurando la colilla que lleva en los labios y haciéndole un gesto a Pedro con la mano buena.

Pedro tuerce el gesto, pero no tiene más remedio que acceder. Abre la tabaquera, coge un pellizco de picadura y se lo entrega sobre un finísimo papel de fumar.

—Si sigues así, el próximo golpe tendremos que darlo en la Tabacalera —farfulla.

El Manco toma el papel con su única mano y lo enrolla con destreza, luego humedece con la lengua el borde del papel y lo hace rodar sobre su muslo para terminar de darle forma.

Los hombres le observan con gesto embobado, como si fuera la primera vez que asisten a la demostración.

—¿Qué estáis mirando? ¡Que alguien me dé lumbre, coño!

Román prende el yesquero y se lo acerca.

—No te ofendas, Manco —le espeta con su marcado acento—, pero una cosa te voy a decir: si tuvieras dos manos serías inaguantable.

Tras un breve silencio, el Manco le da una palmada en el hombro y suelta una sonora carcajada. Después, se acomoda en el tocón de un árbol y comienza a hablar pausadamente, intercalando entre frase y frase breves pausas para fumar.

—Parece que la cosa está en marcha —dice, con voz ronca—. El Estado Mayor ha asignado a cada Brigada una zona y los objetivos fundamentales. Esta misma noche penetrarán las primeras partidas.

—Habrá que prepararse...

—No, Román, aún no. Los comunistas no se fían de nosotros y no nos dejarán tomar parte en la operación a no ser que aceptemos un mando del Partido. El coronel dice que somos... indisciplinados.

—¿Indisciplinados nosotros? —interrumpe Juanel, airado—. ¡Dónde está ese coronel, que le voy a partir los morros!

—Si eso pudiera ayudar lo habría hecho yo mismo.

—Entonces, ¿qué?

—Pues nos largamos. Vamos, digo yo... —replica el Niño.

—Yo estoy con éste —dice Juanel.

—Y yo —le respalda Esteban.

El Manco mira a Román, que ha torcido el gesto, pensativo.

—¿Qué dices tú?

—A mí éstos me caen mal —responde el andaluz, señalando al grupo de comunistas que charla a veinte metros de distancia—, pero los fascistas peor. Si no hacemos un esfuerzo vamos a tener Franco pa otros ocho años...

—Ya sabía yo que eras un espía... —bromea Esteban.

—Anselmo, tú no has abierto la boca...

Anselmo mira al Manco y contesta, murmurando.

—No estoy seguro...

—El pobre tiene una crisis —comenta el Niño, en tono de burla.

Anselmo le amenaza con la mano abierta.

—¡A que te arreglo los dientes, mocoso! Yo ya asaltaba bancos cuando tú aún te meabas en los pantalones.

—Esteban le propina un pescozón al Niño para que deje de provocarle.

—Termina —le invita el Manco.

Anselmo se frota los ojos y busca las palabras.

—Nadie tiene más ganas de volver a España que yo, creedme, enterré a dos hijos cuando nos fuimos del Ebro. Además, estoy hasta los huevos de los gabachos. Pero no aceptaré órdenes de esos traidores.

—El viejo tiene razón —interviene Pedro—, como anarquistas no debemos someternos a ninguna jerarquía de partido. Pero, por otro lado, sólo ellos tienen la fuerza y la organización necesarias para asestar un golpe a Franco. Y ya oísteis lo que dijo el sindicato...

—¡Y qué esperabas que dijeran! —replica el Manco— Viven como reyes en París confiando en que los americanos y los ingleses vengán a salvarles el culo...

El Niño hace un gesto de extrañeza.

—¿De qué sindicato habláis?

—El de toreros, no te jode... —responde Román— Cuál va a ser, hombre, la “seneté”.

—Ah...

—A mí me parece que esto no nos llevará a nada —interviene Madriles—. La cosa es más sencilla: si lo que queremos es entrar a pegar tiros podemos hacerlo por nuestra cuenta y riesgo, sin obedecer órdenes de nadie. Ahora, si nos unimos a ellos tendremos más armas y más apoyo...

—Bien —dice el Manco—, pues si nadie tiene nada más que añadir

vamos a votar.

—Yo no voy a votar —arguye el Niño.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —replica aquél, sorprendido— Somos anarquistas.

—Tú lo que eres es imbécil —sentencia Esteban.

—Déjale —le defiende Pedro—, es joven y está confuso.

—Joven e imbécil.

—Está bien, manos arriba los que estén a favor de aceptar las condiciones —pregunta el Manco, armándose de paciencia.

Al momento, Pedro, Román y Madriles alzan la mano.

—¿En contra?

Esta vez la levantan Esteban, Anselmo y Juanel.

—Tenemos tres votos a favor, tres en contra y una abstención.

Esteban mira al Niño y niega con gesto resignado.

—Parece que la decisión es mía —concluye el Manco, frotándose la barbilla.

—¡Ja! —replica el Niño— Pues menuda democracia la vuestra...

El Manco hace una pausa sin prestar atención al comentario.

—De acuerdo —dice, por fin—, entonces aceptamos. En este momento queda constituida la brigada.

—¿Brigada? Pero si sólo somos nueve, no llegamos ni a Compañía —comenta Juanel, jocosamente.

—Está bien, eso tiene fácil solución —replica el Manco, alzando su única mano—. ¿Votos a favor de ser una brigada?

Todos alzan la mano a excepción de Juanel, que, finalmente, se une a la mayoría.

El Niño, entre incrédulo y desesperado, se lleva las manos a la cara.

Es noche cerrada. La luna brilla en el cielo como un lejano farol de aceite. Ascendiendo por la falda de la montaña, diez hombres atraviesan la espesura en fila india y en silencio, con el brazo derecho estirado y apoyado en el hombro del compañero que va delante. A la cabeza de la expedición, un hombre de mediana edad, corpulento y con aspecto de pastor marca el ritmo con paso decidido.

—No os retraséis, en cuanto dejemos el bosque todo será más fácil — comenta.

La voz del Niño se escucha de repente como salida de la nada.

—Tengo que mear.

—Más tarde.

—Lo que faltaba —murmura el Niño—, ahora necesitamos permiso hasta para eso.

—Hazlo andando —propone el Manco.

—¿Cómo dices?

—Que lo hagas andando.

—Claro, hombre —comenta Madriles—, es fácil: te la sacas y meas mientras caminas.

—¿Quién crees que soy, un malabarista de circo? Con esta oscuridad ni siquiera puedo verme los pantalones...

—Pues si me meas encima te juro que te arranco la cabeza —advierte Anselmo, situado delante del chico.

—Eso, tú encima mete más presión, como si esto fuera fácil...

Entremezclado con el ruido de pasos, se escucha un chorro de agua golpeando sobre el suelo de pinaza, y, seguidamente, de nuevo la voz del Niño.

—Joder, vaya rasca que hace...

—Si quieres te presto un calcetín para que no se te enfríe... —se burla Román—, aunque me da a mí que te va a venir grande...

—Muy gracioso.

—¡Serás desgraciado —protesta Juanel, en susurros, pero elevando el

tono—, me has meado un pie!

—Pero qué dices, si estás detrás de mí.

—;Pues la tendrás torcida, pero yo he notado algo!

Tras un esfuerzo por contenerse, los hombres rompen a reír abiertamente.

—;Silencio! —interviene el capitán Olledo, hombre robusto, barbudo y de rostro colérico—. No me extraña que el Estado Mayor se negara a que participáseis en la operación, no tenéis sentido de la disciplina. Estamos cruzando los malditos Pirineos y en lugar de estar alerta os dedicáis a cuchichear como mujeres. Si los fascistas no os pegan un tiro acabaré haciéndolo yo mismo.

—Tampoco es pa ponerse así, teniente —apunta Román, con deje andaluz—, que sólo han sío unas palabrillas de ná.

—Soy capitán, imbécil.

—Tanto monta, monta tanto... —murmura Román, con pasotismo.

En ese momento suena un chasquido y el bosque se ilumina con un débil resplandor. El guía se detiene en seco y, tras él, toda la fila de hombres, que chocan unos con otros.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Quién coño está fumando ahora? ¿Manco?

—Sólo tengo una mano, capitán, y está sobre su hombro.

—Yo tengo las dos manos ocupadas —dice el Niño.

—Pues yo no tengo tabaco —dice Anselmo.

—Ni yo —responden, seguidamente, Esteban, Román, Juanel y Madriles.

Pedro, en última posición en la fila, se apresura a apagar el cigarrillo.

—Ha debido de ser una luciérnaga —comenta—, hay muchas por aquí.

El capitán Olledo amartilla el percutor del fusil a modo de advertencia.

—¿Una luciérnaga, eh? Pues a la próxima que vea la voy a dar pa'l pelo, mira tú por dónde... Y ahora callaos de una puta vez, vamos a salir a campo

abierto.

Apenas un minuto después, el grupo alcanza el límite del bosque y acomete el ascenso por la ladera desnuda en dirección a un canchal que se yergue en lo alto de la montaña. Fuera ya de la protección de los árboles, el frío se intensifica a causa del gélido viento del norte y les obliga a protegerse con abrigos y mantas. El avance es lento, pues los mulos se resisten y hay que azuzarles. Poco después, al resguardo del viento tras una mole rocosa, el guía se detiene.

—Cinco minutos para comer. No podemos perder más tiempo.

Al instante todos ellos se apresuran a extraer de sus mochilas un mendrugo de pan y una lata de sardinas que devoran a toda prisa, sin siquiera recostarse.

—Esto sí que es rancho en frío —comenta Esteban—, tengo las manos dormidas.

—Pues más vale que uses los pies —replica Juanel—, o mañana serás el almuerzo de los buitres.

—Y de los lobos —apunta Anselmo.

—Bueno —replica Esteban, altivo—, no hay que alarmarse por unos cuantos lobos. Si hemos podido con los alemanes...

—Ahí le has dao —sentencia Juanel, estrechándole la mano con orgullo.

—Vamos, no tenemos toda la noche —apremia el Manco, rebañando la lata con los dedos.

El guía enciende un cigarrillo, aspira un par de caladas y se lo pasa.

—Dos caladas por barba. Y en cuanto haya fumado el último nos vamos.

—¿Dos caladas? Joder, no lo pasaba tan mal desde Saint Cyprien.

Juanel, Anselmo y Madriles —los más veteranos junto con el Manco— sonríen con complicidad.

—No te viene mal —dice Pedro—, a ver si así dejas de fumar.

—O empiezas a hacerlo como una persona normal —añade Esteban.

—Sois los dos muy graciosos —dice el Manco, mientras apura el humo

de su segunda calada.

Dos minutos después, dejan atrás el canchal y comienzan el descenso por la ladera posterior de la montaña a través del sendero que discurre como una estrecha cornisa sobre la abrupta pendiente. El viento y el frío baten ahora con moderación, y, sin embargo, el riesgo aumenta debido a la escasa visibilidad y a las pésimas condiciones del terreno. Así, caminando lentos y encorvados, iluminados apenas por el tenue destello de la luna de octubre, más que una columna de guerrilleros se asemeja al tétrico cortejo de la Santa Compañía.

Al alba se detienen en un claro del bosque. La tierra y la pinaza, cubiertas por la escarcha, crujen bajo las botas.

—Este parece buen sitio —dice Olledo—, haremos un descanso de una hora.

—Creo que sería mejor seguir hasta encontrar una majada, capitán —argumenta el Manco—, podría haber patrullas en descubierta.

—Improbable, aún falta un buen trecho hasta las principales poblaciones. No se arriesgarán a adentrarse tan lejos.

El Manco hace una seña a sus hombres para que se detengan y comprueba de un vistazo los alrededores hasta que se convence de que todo está en orden.

—Ya habéis oído —dice—. Descansaremos una hora, pero estad atentos.

Los hombres se dejan caer pesadamente recostándose sobre cualquier pedrusco o matojo para estirar un poco las piernas. A pesar del frío, Juanel se quita las botas y los calcetines para que el aire fresco y la humedad del rocío alivien su dolor de pies.

—Vuelve a ponértelos —protesta el Niño—, vas a matarnos a todos.

—¿Qué pasa, nunca has oído unos pies?

—Unos pies sí, pero eso son arenques podridos.

—Ah, ¿sí? Pues como no cierres el pico estos arenques van a patearte el culo.

—Vale, vale —el Niño se tapa la nariz—, lo que tú digas.

Las primeras luces comienzan a filtrarse entre el tupido ramaje de los pinos, y su calidez anima los primeros trinos. Poco a poco, la claridad aumenta hasta que, al fin, las sombras nocturnas desaparecen.

Pedro echa mano a su saquito de tabaco con un gesto de ansiedad.

—Permiso para fumar, capitán.

—Adelante.

Al oír esto, todos se apresuran a pedirle tabaco.

—Panda de gorriones, así se os atragante...

El Manco se acerca y le extiende la palma de la mano. Pedro comprueba que sólo queda tabaco para un cigarrillo más.

—Ofrecer lo tuyo a los demás... Dar sin recibir... —sonríe el Manco—. ¿No es eso lo que dice tu libro?

Pedro cede y le entrega un papel con el último pellizco de tabaco.

—Eres un buen cristiano —observa el Manco, con ironía.

—No hagas que me arrepienta.

El Manco se lleva el pitillo a los labios y le ofrece la mano para levantarse.

—Anda, ayúdame a hacer fuego.

—Voy con vosotros —se ofrece el Niño.

Tras internarse una veintena de metros en el pinar, los tres comienzan a recoger palos secos para la hoguera. Mientras, el resto de la brigada permanece en su sitio, cada cual entretenido en lo suyo: Román y Esteban echan una partida a la brisca; Anselmo dormita con la cara cubierta por la boina; Madriles afila un palo a punta de navaja; Juanel limpia el cañón de su naranjero; y el capitán Ollero, sentado en una roca junto al guía, despliega un mapa y repasa las posiciones.

Se oye un leve crujido proveniente del pinar. Ollero alza la vista hacia el grupo que recoge leña. Todo parece en orden. Se concentra en el mapa y sigue con sus cábalas. Al poco, sin embargo, escucha un segundo crujido, esta vez tan cercano y nítido que le provoca un sobresalto y le hace girarse bruscamente. El resto de los hombres de la Brigada —a excepción de los que recogen leña— lo han oído también y guardan silencio, desconfiados.

Juanel se arrodilla lentamente, sin hacer ruido, y cuadra el fusil en su hombro moviéndolo despacio de un lado al otro. Román, Esteban, Anselmo y Madriles desenfundan sus pistolas y observan a su alrededor, pero a pesar de la incipiente claridad sólo divisan árboles y arbustos.

Una sombra cruza fugaz de un árbol a otro a escasos metros de distancia. Ollero deja el mapa en el suelo, saca su arma y avanza media docena de pasos hacia su flanco derecho, pero antes de que pueda siquiera amartillarla una bala le destroza la mejilla como una brutal bofetada y le lanza violentamente al suelo. Como si se tratase de una señal esperada, el resto de la Brigada abre fuego a discreción sobre arbustos y matorros, piedras y troncos de árboles.

El Manco suelta la leña y echa mano de su arma mientras corre a reunirse con los demás. Pedro y el Niño se tiran al suelo y le cubren el flanco.

—¡A cubierto! —grita el Manco— ¡Rápido, detrás de esas rocas!

Los hombres se levantan uno a uno y corren hacia el parapeto de rocas que tienen a su espalda mientras el Manco les cubre disparando. Cuando el último de ellos se ha puesto a salvo, éste hace ademán de seguirles, pero la explosión de una granada le hace salir despedido y le estrella contra el granito del roquedal.

Pedro y el Niño corren en su auxilio.

—¡Rápido! —grita Esteban— ¡Traedlo, traedlo!

Cuando consiguen llevarlo al otro lado del fortín de roca, el Manco apenas puede pronunciar palabra. Le sangran los oídos, pero no tiene ninguna otra herida visible.

—¿Estás bien, Manco? —pregunta el Niño.

Esteban le mira con gesto sorprendido.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Pues qué va a ser, hombre: preguntarle si está bien...

—¿No ves que se ha reventao los oídos, alelao?

—¿Y qué quieres que haga, que le hable por gestos?

—¡Apártate!

Esteban le echa a un lado. Coge al Manco por los hombros y le zarandea.

El Manco abre los ojos y mira fijamente a Esteban.

—No oigo nada —balbucea.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo?

El Manco hace un gesto afirmativo.

—Si, ya estamos a salvo.

Esteban hace un gesto desesperado.

El Manco le toma por el brazo y le atrae para hablarle al oído.

—¡Llama a Pedro! —grita el Manco, de repente.

Esteban se aparta bruscamente, sobresaltado por el chillido, y corre en busca del compañero.

Cuando Pedro acude, el Manco susurra ya con voz apenas audible.

—Un cigarrillo...

Pedro le coge de la mano. El Manco le dirige un gesto aterrado y le aprieta con las suyas. No es la primera vez que Pedro se enfrenta a un herido de granada y sabe que su amigo se está muriendo, a pesar de no tener heridas visibles.

—No me queda tabaco, te lo has fumado todo. Pero aguanta un poco. ¡Niño! —grita, apremiante—, ¿ves aquellas hierbas, junto al arbusto? Es caléndula, tráeme un puñado.

El Niño trata de llegar hasta el matorral, pero nada más levantarse una ráfaga de fusil silba sobre su cabeza.

—¡Joder! Se me había olvidado que estaban ahí...

—Pues sí que tienes tú buena memoria —ironiza Anselmo.

El Manco, que también ha visto lo sucedido, vuelve a dirigirse a Pedro.

—Marchaos —le dice—, y dejadme un fusil. Os cubriré.

—No vamos a dejarte aquí.

—Nos matarán a todos. Marchaos. Es una orden.

Consciente de que tiene razón, Pedro corre a cuatro patas hasta las plantas de caléndula. Algunas balas silban muy cerca de su cabeza. Comprueba que las flores no están húmedas de rocío y arranca un puñado, tras lo cual regresa apresuradamente. Saca un papel de fumar y lía un cigarrillo con las flores machacadas.

—¿Qué haces? —pregunta el Niño.

—Dame tu fusil.

—¿Qué?

Pedro se lo arrebató de un tirón.

—¡Trae aquí! No sé cómo no te duele la lengua de tanto preguntar...

El Manco rueda sobre sí mismo hasta quedar tumbado boca abajo, amartilla el fusil del Niño y lo apoya en una roca apuntando hacia el claro del bosque.

—Corred todo lo que podáis. Rápido.

Tras vacilar un segundo, Pedro enciende el improvisado cigarrillo y se lo pone al Manco en los labios.

—Nos veremos en la otra vida —dice, apretándole el hombro, aunque sabe que no puede oírle.

Mientras la brigada huye por el bosque, el Manco abre fuego sobre las posiciones enemigas, al otro lado del claro, y pronto el sonido de las réplicas se propaga como un eco funesto. El intercambio de disparos se prolonga durante algunos minutos, después se hace el silencio. Los hombres detienen el paso e intercambian miradas de expectación. Pedro observa a sus compañeros y comprende que todos esperan una señal, algo que les de esperanza de

encontrar al Manco con vida. Todos menos él.

—Quizás no le descubran —comenta el Niño, esperanzado.

Seguidamente, un disparo aislado de pistola retumba entre los árboles. El Niño agacha la cabeza. Después, con las mejillas húmedas, hace ademán de regresar, pero Pedro le retiene.

—Suéltame.

—No, debemos continuar. Así lo habría querido el Manco.

Durante unos instantes nadie dice ni hace nada, pero pronto, uno a uno, los hombres de la brigada se ponen en camino. En último lugar, Pedro se santigua con un rápido movimiento de los dedos y retoma la marcha con el fusil en ristre y el dedo sobre el gatillo.

Tras media jornada de caminata, se detienen a orillas de un arroyo que corre entre matas de arbusto y pinos negros. El Niño se sienta en el suelo y se lleva la mano al estómago.

—No puedo más, necesito comer algo.

Román despliega un mapa y comienza a hacer gestos mientras susurra en voz baja como si tratara de desentrañar un acertijo.

Pedro le observa mientras piensa que la situación sería divertida si no fuera tan dramática. Sabe que están perdidos, sin comida y sin dinero. Y lo que es peor, desconocen cuáles son las posiciones enemigas, por lo que es fácil que vuelvan a caer en otra emboscada del ejército franquista.

—¿Es que ninguno de vosotros va a ayudarme? —dice Román, desesperado—. Menudo jaleo me he montao aquí...

El Niño hace un mohín desesperado.

—Genial, otra vez estamos perdidos.

—Tranquilos, es cuestión de fijarse en el musgo de las piedras. ¿Veis? —dice Anselmo, señalando una roca junto al río— Se orienta al norte, justo al contrario de la dirección de la corriente. Este arroyo debe de bajar

directamente de la montaña; si seguimos el curso llegaremos a...

—Al mar, no te jode... —interrumpe Madriles— Lo más seguro es que pase por alguna aldea y ahí nos topemos con una patrulla.

—¿Tienes un plan mejor?

—Claro, podríamos parar a un guardia y preguntarle —replica aquél, irónico.

—Vete a tomar por saco...

—¿Y si pescáramos unas truchas? —propone el Niño.

—¿Quién crees que eres, “Robinsón Crusó”? —replica Juanel.

—Al menos yo apporto ideas...

—Yo también tengo una idea: te tiramos al río y vemos cómo te las arreglas. Comer no comeremos, pero al menos nos reiremos un rato...

—Dejadlo ya —dice Pedro—, hablando no arreglaremos nada —alza la mirada al cielo y observa la posición del sol adivinándola tras los nubarrones—. Deben de ser las cuatro —continúa— y sabemos que, más o menos, anochece a las seis. Sugiero que descansemos dos horas y reanudemos la marcha al anochecer. Si encontramos un invernadero o una majada, el pastor nos dará comida y nos dirá dónde estamos exactamente. ¿Votos a favor?

—Ya estamos con los votos... —se queja el Niño.

Todos alzan la mano menos Román y el Niño, pero el primero se corrige de inmediato, al ver que está en minoría.

—Decidido entonces —concluye Pedro—, esperamos hasta que se haga de noche.

—¿Sabéis lo que os digo? —se queja el Niño, poniéndose en pie con un gesto de hartazgo— Me tenéis harto. No sé qué hago con vosotros, sois una panda de cobardes. Si tengo que ir yo sólo al frente, lo haré. Mejor solo que mal acompañado.

Recoge el fusil y la cantimplora que había dejado en el suelo y comienza a alejarse en dirección al cerro que se avista a un par de kilómetros. Los hombres se miran sin reaccionar, esperando que de un momento a otro se

arrepienta, pero al comprobar que tal cosa no sucede comienzan a ponerse nerviosos.

—¿Vamos a dejar que se vaya?

—¿Y qué quieres?

—Podrían pegarle un tiro...

—Entonces ya verás cómo vuelve.

—¿Y si se topa con una patrulla? Podrían matarlo.

—Puede cuidarse solo.

—Lo más probable es que se pierda y acabe dando vueltas en mitad del bosque. Lo recogeremos después, no os preocupéis.

—Si lo matan a él, probablemente nos maten también a nosotros...

Pedro permanece pensativo, sin prestar demasiada atención. Echa mano a su chaqueta y saca un mapa del bolsillo, el mismo que consultaba el capitán Olledo antes de sufrir el ataque de los soldados. Lo despliega sobre sus rodillas y lo estudia detenidamente, después se lo entrega a Anselmo, que está a su lado.

—Tú que conoces mejor la zona, a ver si puedes calcular cuánto nos hemos desviado de la ruta.

Anselmo le mira fijamente, confuso.

—¿Y qué ruta era esa? —replica.

—¿Estás de broma?

Anselmo le pasa el mapa al compañero del otro lado.

— Toma, hazlo tú.

—Yo no sé leer un mapa —dice Esteban, y rápidamente se lo pasa al siguiente.

—Pues yo no sé leer, a secas —apunta Román, sin afectación, entregándoselo a Juanel.

—Yo lo único que sé es que estamos en España —ironiza éste—, el Manco era quien se ocupaba de estas cosas.

—Lo mismo digo —interviene Madriles—. Lo siento, Pedro, tendrás que

hacerlo tú.

El mapa corre una vez más de mano en mano hasta regresar al punto de partida. Pedro lo pliega cuidadosamente y lo guarda en el bolsillo de su cazadora con disimulo, pues no quiere evidenciar que tampoco tiene la menor idea de cómo interpretarlo.

Alza la mirada de nuevo y encuentra las caras burlonas de sus compañeros. Tras unos segundos de silencio, todos rompen a reír mirándose unos a otros como un grupo de chiquillos que se saben cómplices de alguna travesura.

—Vamos a verlo por el lado bueno —relativiza Román, con gracia—, pa descansá no nos hace falta un mapa.

Un rato después, la Brigada al completo reposa cómodamente en el bosque, procurando aprovechar cualquier rayo de sol que consigue atravesar la espesa techumbre tejida por las copas de los pinos. Pedro es el único que no se dedica a dormirar, sino que, recostado contra un grueso tronco, prosigue la lectura de su libro, absorto en cada palabra. Al llegar al final de la página, se humedece la yema del pulgar y con un gesto preciso le da la vuelta a la hoja. Al oírlo, Román ladea la cabeza con curiosidad.

—¿Qué lees?

—Nada.

—Algo será, puedo ver las letras.

Pedro se mantiene inmóvil y responde sin levantar la vista.

—Dijiste que no sabías leer...

—Y lo mantengo, compadre. Nunca he ido a la escuela y mi madre, la pobre, lo único que sabía leer era la línea de las manos. Y mira pa lo que la sirvió...

—Puedo enseñarte, si quieres.

—Ná. Lo que sí podrías hacer es leer un trocito de eso.

—Tal vez más tarde.

—Vamos, compadre, no te hagas de rogar.

—Más tarde he dicho.

Román le hace un gesto a Esteban, que acaba de incorporarse atraído por la conversación, y le anima a que se sume a su iniciativa.

—A mí me parece buena idea —dice—. Vamos, Pedrín, léenos algo.

Uno a uno, todos los hombres se incorporan para prestar atención.

Pedro arquea una ceja y les mira por encima del libro, consciente de que no tiene más remedio que ceder. Resignado, mira a Román.

—No te das por vencido, ¿eh?

—Sólo cuando me matan... —replica el andaluz, con ironía—. Lo cual no ha sucedido hasta hoy.

Pedro vuelve a alzar el libro y se dispone a leer sin convicción. Carraspea mientras busca entre las páginas el párrafo adecuado, demorándose el tiempo suficiente para crear expectativa. Al fin, se detiene en una página, levanta la vista una vez más y comprueba que todos le prestan atención. Con voz clara y buena pronunciación, comienza a leer el fragmento elegido —que casi se sabe de memoria— al tiempo que observa por el rabillo del ojo la reacción de sus compañeros. Tras la primera frase, hace una pausa.

—Sigue —le anima Esteban.

—No, espera —dice Román—, yo no he entendido nada.

—¿Qué palabras no has entendido?

—No sé. ¿Cuántas hay?

Pedro las cuenta.

—Veinte.

—Pues las veinte.

Esteban le propina un empujón amistoso.

—Serás burro...

—Sigue, por favor —le pide Anselmo.

Pedro se siente extrañamente intrigado por el interés del compañero. Retoma el párrafo y prosigue la lectura procurando marcando bien las pausas y saltándose las acotaciones, sorprendido por la atención que el libro ha

generado.

—Ya lo tengo —dice Anselmo, de repente, alzando la voz—: es la Biblia.

Al oírle, los demás se miran entre ellos en busca de reacciones. Después, como regidos por un mecanismo preciso, todos ellos —incluido Anselmo— vuelven la mirada hacia Pedro, expectantes.

—Sí...sí... —balbucea éste—, en efecto.

—¿Y qué haces tú leyendo la Biblia? —pregunta Madriles, desconcertado.

—Bueno... soy... soy cristiano —tartamudea Pedro.

—¿Cristiano?

—Católico —concreta Pedro.

—¿Como Franco?

—Bueno, no, como Franco no. Yo no soy fascista ni nada de eso... Sólo católico.

Un espeso silencio se apodera del ambiente. Pedro se incomoda.

—¿Es que ninguno de vosotros tiene fe, aunque sea sólo un poco?

—Yo fui monaguillo, de chico —replica Juanel—, y estoy bautizado.

—Y yo —responden al unísono los demás.

—¿Lo veis?

—Coño, pero no es lo mismo —apunta Madriles—. Nosotros no leemos la Biblia.

—Y qué, hay quien no lee la Biblia, pero es creyente...

—Y muchos que van a misa y no lo son —comenta Román, divertido.

El comentario provoca el asentimiento de todos. Madriles es el único que aún se muestra serio.

—Pero, ¿tú crees en Dios o no?

—Sí —responde Pedro—, creo que sí.

—Entonces no eres anarquista.

—Si para ser anarquista hay que ser ateo... entonces no soy anarquista —repite Pedro, con valentía.

—Y qué cojones es eso de ser anarquista —dice Anselmo—. Aquí no se trata de ser anarquista o comunista, sino de pelear contra Franco y la Falange.

—Amén —apunta Román, con sorna.

—Yo también creo en Dios —dice Madriles, en voz baja—, pero no en el cristiano.

—¿Qué estás diciendo, en cuál si no? —le interroga Anselmo, atónito.

—Pues... en otro.

—¿Cuál? —Pedro le palmea el hombro, divertido.

Madriles está entre la espada y la pared, pero no se da por vencido.

—Yo qué sé... en Confucio.

—Confucio no es un dios, sino un filósofo.

—Pues en Bakunin.

—Bakunin tampoco, alelao... —se burla Esteban, dándole un manotazo.

—Está bien, sabiondos, ¿quién de vosotros conoce otro dios que no sea el cristiano? —les reta, con chulería—. Tú no contestes, Pedro, a ver si estos listillos lo saben.

—El de los moros —responde Anselmo.

—¿Y ese cómo se llama?

—No me acuerdo.

—Bah...

Todos permanecen pensativos unos segundos hasta que Román rompe el silencio.

—Odín.

—¿Qué le pasa a éste? —pregunta Esteban, extrañado.

—No me pasa nada. He dicho Odín.

Esteban hace un aspaviento, dándole por imposible.

—Has perdido el juicio.

—Es un dios nórdico, imbécil.

—Es cierto —asiente Pedro.

—¿Lo veis? —concluye Madriles, aprovechando la ayuda de Román—,

ése es en el que creo yo, en Odín.

—¡Anda por ahí! —protesta Anselmo, dando un manotazo al aire—, pero si tiene nombre de maricón...

—¡Y qué pasa, Dios no puede ser marica o qué!

Esteban se pone en pie y comienza a caminar contoneando las caderas.

—Miradme —dice, con acento afeminado—, soy el dios Odín. Odín el pinturín...

Los hombres se echan a reír mientras Esteban sigue con su numerito.

De repente, una sucesión de ráfagas levanta el vuelo de los pájaros. Acto seguido, se escuchan pasos aproximándose con rapidez. Los crujidos de la pinaza son bruscos, secos, rápidos. Un jadeo se perfila en el aire como el sonido entrecortado de una respiración. Pedro cierra el libro y lo guarda en el petate, coge la pistola y se adelanta unos metros hasta un arbusto cercano. Esteban deja la parodia y cruza la mirada de alerta con los compañeros, que ya montan sus fusiles y se parapetan tras los árboles y las piedras. Un silencio casi total se apodera de los alrededores del bosque, a excepción del ruido que emiten los percutores cuando son amartillados. Pedro hinca una rodilla en el suelo y apunta con su arma en dirección a los árboles. Tras medio minuto eterno, al fin distingue una figura que corre apresuradamente hacia ellos. Se prepara, hace un cálculo rápido y comienza la cuenta atrás: cinco, cuatro, tres, dos, uno... Repentinamente se lanza sobre su presa y la abate, igual que haría un depredador, haciéndola rodar por el suelo un par de metros.

—¡Soy yo, soy yo! —dice el Niño.

Pedro detiene el puño justo antes de descargar el golpe.

—¡Serás estúpido... ¿En qué estás pensando acercándote así?!

—Lo siento... Lo siento —se disculpa el chico—. Tenía que avisaros...

—¿Avisarnos... de qué?

—El cerro, están sobre el cerro.

—¿Quién está sobre el cerro?

—Los soldados.

—¿Cuántos?

—No lo sé, tal vez cientos.

Al escuchar las palabras del muchacho, la preocupación se dibuja en los rostros de los hombres, incluido Pedro, quien por un momento se deja arrastrar por un funesto presagio. Tras ponerse en pie le ofrece su mano al chico.

—Levántate y dinos exactamente qué has visto.

Minutos después, con extremo sigilo, la Brigada llega a los pies del cerro mientras el Niño termina su relato en voz baja.

—...y dentro de la cabaña sólo encontré una lata de carne en conserva, pero creí que sería un buen lugar para pernoctar, así que decidí regresar a buscaros. Y al llegar junto al cerro, de repente, comenzaron a lloverme ráfagas por todas partes.

Pedro saca unos prismáticos y otea la cima del cerro en busca de la posición enemiga, pero no consigue distinguir más que matorrales y árboles desperdigados. Le pasa los prismáticos a Anselmo, que echa un vistazo y tras esbozar una media sonrisa socarrona se los pasa a Esteban. Y así sucesivamente todos y cada uno de los hombres de la brigada sonrían y hacen gestos de burla.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿De qué os reís? —pregunta el Niño, indignado.

Madriles, tras mirar en último lugar, le pasa los prismáticos. El Niño echa un vistazo y enrojece de vergüenza.

—Os juro que sonaba como si hubiera un ejército —se excusa.

—Está bien —dice Pedro, guardando los prismáticos—, es evidente que hoy no es nuestro día de descanso. Nos dividiremos en parejas y atacaremos simultáneamente. Tratándose de un nido de ametralladora es probable que no haya más que una o dos personas dentro, no podrán ocuparse de todos a la vez.

—¿Cómo sabemos que es éste el objetivo que nos encomendaron? —pregunta Madriles. Pedro le mira y hace una pausa antes de responder.

—No lo sabemos.

—¿Entonces?

—Entonces nada. El que prefiera dar media vuelta puede hacerlo, aquí nadie ha venido obligado.

Durante unos segundos los hombres se miran en silencio. Pedro sabe que buscan el valor de seguir adelante y piensa si él mismo tendrá el arrojo suficiente; al fin y al cabo, están solos en su decisión, pues no cuentan con refuerzos ni con medios para pedirlos.

—¿Y si vienen los comunistas? Podrían enfadarse... —comenta Juanel.

—¿Por qué, porque les hayamos hecho el trabajo sucio? —replica Anselmo—. No lo creo. Y, además, ¿desde cuándo nos regimos por lo que digan los comunistas?

—El monte es de todos, ¿no? —apunta Román, con guasa—. Pues este cerro pa nosotros. Y punto en boca.

—Eso —le apoya el Niño.

Madriles se anima al ver a sus compañeros.

—¡Que les den morcilla! Este cerro es anarquista.

—Bien dicho —dice Juanel, levantando el pulgar.

—Bueno, calma, que aún somos nosotros los que estamos abajo. Tened prudencia y en la medida de lo posible no uséis las piñas, ¿de acuerdo?

—Sí, padre —replica Madriles, mientras le da un beso a la granada de palo y vuelve a fijársela en el cinto.

Niño, tú conmigo. Los demás emparejaos como queráis.

—Somos impares —dice Anselmo, que se ha quedado solo.

—Bueno, pues que el chico vaya contigo.

—No, así está bien.

—¿Estás seguro?

—Como que el cielo es azul —concluye Anselmo.

Al llegar a la falda del cerro comienzan a ascender con prudencia, ocultándose y midiendo cada paso para no ser detectados. Pedro y el Niño avanzan en línea recta mientras el resto lo hace por los flancos. A medida que

se incrementa la altura del terreno, los árboles se espacian hasta dejar el cerro desnudo en su cumbre, una atalaya idónea donde establecer un puesto de vigilancia o emplazar un cañón antiaéreo. Pedro observa la progresión de la brigada. Su cuerpo se mueve con sigilo y precisión, pero su mente se evade para rememorar los muchos momentos que ha vivido con esos hombres. El Manco estaría orgulloso, se dice a sí mismo.

Una ráfaga de ametralladora rasga el aire como si fuera un papel viejo, escupiendo balas por cientos. El silbido sobre las cabezas se vuelve insoportable. Cuando el fuego cesa, Pedro se levanta del suelo de un salto.

—¡Ahora! —grita.

Los ocho hombres de la brigada anarquista se lanzan entonces a la carrera, a pecho descubierto, para completar los cincuenta metros que restan hasta la cima como si la acción les aliviara el miedo, como si prefirieran estar en movimiento a pesar del peligro antes que seguir agazapados preguntándose cuál de las balas les volará la cabeza. Como había predicho Pedro, la ametralladora no puede disparar sobre todos a la vez, así que opta por uno de los flancos. Con la primera ráfaga, Anselmo cae de espaldas y rueda tres metros por la pendiente, hasta que el tocón de un pino le detiene. Su cuerpo muerto yace de bruces, distendido, como si durmiera. La segunda ráfaga obliga a Madriles y a Juanel a aplastarse de nuevo sobre el terreno, hiriendo a Madriles en una pierna.

Román y Esteban son los primeros en llegar arriba y, escondidos tras una roca, abren fuego a discreción contra el nido de ametralladora. Román usa su fusil de repetición y Esteban hace valer la única metralleta modelo *Stein* de la que dispone la brigada. La respuesta no se hace esperar. Una lluvia de plomo bate su parapeto como si quisiera reducirlo a polvo. Los dos hombres resisten el chaparrón sin perder el buen humor.

—¿Cuántas balas tiene ese bicho? —pregunta Román.

—La cuestión es cuántas tenemos nosotros.

—A mí no me queda ni una, compadre. Por tirar le he tirao hasta los

botones de la camisa.

Esteban sonríe con un gesto entre divertido y asustado.

—Pues más vale que cojamos unas piedras porque yo estoy igual.

Mientras la ametralladora se obceca sobre su objetivo, Pedro y el Niño rodean el puesto y, pistola en mano, saltan por encima del pequeño muro de piedras. En el interior, un único soldado defiende la posición. El Niño, nervioso, efectúa dos disparos sobre el soldado, uno de los cuales le alcanza en un brazo haciéndole soltar el arma.

—¡Quieto ahí o te vuelo la cabeza! —le ordena, apuntándole con firmeza.

—Apártate de la máquina —le dice Pedro, apuntándole también.

Al observar al soldado se da cuenta de que el hombre tiembla como un flan y que su expresión, más que odio o furia, refleja indefensión. Permanece inmóvil, aferrado a la ametralladora con más miedo que valor, como si le fuera la vida en ello.

—Obedece —le ordena el Niño.

El soldado se aparta lentamente, aterrado. Pedro se aproxima a él y le despoja de la pistola y la navaja reglamentarios. Después, con un gesto le indica que se arrodille.

—¿Cómo te llamas?

—A... Alonso. Me llamo Alonso.

—Bien, Alonso, ya puedes dejar de temblar. No vamos a dispararte.

Mientras el resto de la brigada llega al puesto, Pedro hace un rápido examen visual del armamento requisado. Munición de ametralladora, agua, latas de conserva vacías, un par de mantas y un mortero de gran calibre sin montar.

—¿Había alguien más contigo?

—No, señor.

—¿Entonces también te encargabas tú de ese mortero?

—Mi... mi compañero murió, señor. Se envenenó.

Pedro le mira sin comprender.

—Teníamos mucha hambre —puntualiza—, y encontramos unas vallas.

Yo no quise comerlas, pero él sí lo hizo...

—Entiendo —le interrumpe Pedro, impasible.

—Lo enterré hace dos días.

De pronto se escuchan voces. Román y Esteban dejan los fusiles y acuden a socorrer a Juanel, que carga con Madriles a cuestas. Entre los tres lo aúpan y lo llevan hasta el puesto, donde le recuestan cómodamente contra el muro. La herida del muslo sangra en abundancia.

—¿Y Anselmo? —pregunta Madriles, resintiéndose.

—Cayó —contesta Juanel, mientras se quita el pañuelo del cuello y presiona con él en la herida para contener la hemorragia.

Mientras Pedro comprueba la ametralladora y el motero, el Niño se acerca al soldado, amartilla su pistola y le apunta a la cabeza.

—¡No! —le detiene Madriles, con voz débil—, déjalo estar. Yo en su lugar hubiera hecho lo mismo.

Media hora más tarde, Esteban y Román regresan al puesto con gesto lúgubre y las ropas manchadas de tierra.

—Lo hemos enterrado al pie del cerro —explica Esteban—, parecía un buen lugar.

—Ningún lugar es bueno para eso —puntualiza Juanel, mientras termina de aplicar un torniquete en la pierna de Madriles.

Román se encoge de hombros.

—No creo que le importe mucho dónde caer muerto.

—No sé, con lo testarudo que era ningún sitio le habría parecido bueno... —bromea Pedro.

—Es cierto —asiente Juanel—, no había manera de hacerle reír al muy cabrón...

—Pero bien que se dormía en todas partes...

—Y los pedos que se tiraba...

Todos ríen.

—Me acordaré de él cada vez que sienta temblar la tierra.

—O el cielo.

El soldado, atónito, observa a los anarquistas como si no comprendiera lo que dicen. Pedro, tras un silencio, levanta el puño en alto.

—Que nuestro compañero descanse en paz reunido con su esposa e hijos en el cielo, si lo hay, o donde sea.

Imitando su gesto, cada cual a su manera y en voz baja pronuncia una frase de despedida para Anselmo. En ese momento, un estruendo grave y ronco rompe el silencio del valle. Los anarquistas se miran, expectantes. Román se apoya en su naranjero a modo de muleta y alza la mirada al cielo, que luce despejado con las últimas luces de la tarde.

—O mucho me equivoco —comenta—, o eso que ha sonao no ha sido un trueno.

—Los fascistas se acercan —apunta el Niño, nervioso.

—Ese cañón no es nuestro —aclara el soldado.

—¿Y a ti quién te ha dao vela, listillo? —le espeta Román, apuntándole—. Da gracias que todavía respiras...

—Déjale hablar.

A un gesto de Pedro, el soldado prosigue con su aclaración.

—Es artillería ligera, seguramente un cañón de 75 milímetros. Es de los vuestros. Nuestra Artillería dispara obuses del 105/11 o 105/22.

—¿Qué diferencia hay? —pregunta el Niño.

—La misma que entre un petardo y un cartucho de dinamita —aclara Esteban.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Román le apremia con el fusil todavía en ristre.

El soldado se encoje de hombros.

—Buen oído, supongo.

Tras permanecer pensativo unos instantes, Pedro le hace una seña a

Román.

—Tiene razón, el Ejército maneja un calibre mayor —se aproxima al soldado y le mira con expresión seria—. ¿Y este? —pregunta, señalando el mortero.

—Es una pieza de acompañamiento de Infantería, señor.

—¿Qué calibre tiene?

—Ochenta y un milímetros.

—¿Alcance?

—Dos mil metros, más o menos.

—Bien, podría resultarnos útil. ¿Qué más nos puedes decir, a qué distancia son los combates?

—Yo diría que a menos de media jornada a pie. En Vielha.

—Bien —murmura Pedro—, parece que no andábamos tan descaminados —acto seguido, se gira hacia sus compañeros—. Uno de nosotros debería ir allí para establecer contacto con el Mando de la Agrupación. Los demás esperaremos aquí para mantener la posición y atender a los heridos. ¿Algún voluntario?

—Yo iré —se ofrece el Niño.

—No dudo de tu valor, pero es demasiado arriesgado. Hace falta alguien con más experiencia y cautela.

Juanel, Esteban y Román se miran entre ellos, como si discutieran mentalmente quién asumirá la tarea. Finalmente, Juanel alza la mano.

—Lo haré yo.

Pedro aprieta el brazo de Juanel en un gesto de agradecimiento.

—¿Qué necesitas?

—Lo puesto —replica Juanel—, cuanto más ligero mejor.

Juanel repone munición en el cargador del fusil y se coloca dos granadas más en el cinto. Se levanta la boina para limpiarse el sudor de la frente y, tras respirar hondo, se despide de sus compañeros con un gesto varonil.

—Volveré para el desayuno.

Sin decir más, se coloca el fusil en bandolera y se marcha. Mientras lo mira alejarse, Pedro piensa que las posibilidades de que cumpla la misión con éxito son muy reducidas y, sin embargo, no le queda más remedio que confiar en la benevolencia del destino. Desea con todas sus fuerzas que Juanel regrese sano y salvo con nuevas órdenes del mando guerrillero, pero una voz en su interior le dice que no volverán a verse. Se sienta sobre uno de los sacos que han caído del parapeto y se pasa la mano por la frente mientras observa la situación a su alrededor. Una sola mirada le basta para darse cuenta de que la brigada está diezmada y el ánimo por los suelos. De nuevo piensa en el Manco, y se lamenta por no haber sido capaz de estar a su altura; se pregunta qué es lo que éste habría hecho en su lugar, cómo habría actuado. Jamás hubiera permitido que sus hombres perdieran la fe en el combate, al igual que no hubiera dejado entrever su propia angustia y desesperanza. Tal vez sea eso simplemente lo que debe hacer: infundirles confianza, contagiarles su propio valor, aunque sea fingido, y confiar en la ayuda de Dios. Sabe que nadie le ha nombrado líder y nunca ha sido éste su objetivo, pero los hombres confían en él y le siguen de manera natural. Incluso los anarquistas necesitan quien los guíe, reflexiona. Y, tal vez por ser el único que parece ser consciente de ello, se siente responsable. Alza una vez más la mirada para hacer balance de la situación: el Manco y Anselmo están muertos, Madriles herido y Juanel... Si nos enfrentamos al enemigo en estas condiciones nos aplastarán, se dice a sí mismo, necesitamos otro plan. Pero ¿cuál? Sin apenas munición, heridos, desanimados, sin apoyo exterior, ¿qué es lo que cinco hombres pueden hacer? Entonces, inconscientemente, su mirada se posa sobre el joven soldado, que está sentado con las manos atadas con una cuerda, y al fin vislumbra la respuesta: resistir. Es lo único que pueden hacer. Y para ello sólo tiene que insuflar en el corazón de sus compañeros el aliento necesario, dar un sentido a sus actos, decirles lo que necesitan oír. Sin más cavilaciones, se pone en pie y reclama la atención del resto.

—Escuchad —dice—, como podéis apreciar la situación no es favorable.

Hemos perdido a dos compañeros y no sabemos si Juanel regresará. Pero no estamos tan mal como parece. La capital del valle está a menos de media jornada y hemos arrebatado un punto estratégico a los fascistas. Ésta es la prueba de ello —prosigue, señalando la ametralladora y el mortero—. Dada la situación, lo mejor que podemos hacer es defender lo que hemos conquistado. ¡Hagamos de este cerro un símbolo, hagámonos fuerte en él y batamos desde aquí a todo franquista que asome el morro entre estos árboles!

—¿Cuál es la otra opción? —pregunta Román, pragmático.

—¿Otra opción?

—Habría al menos otra opción para poder elegir, ¿no?

—Ya estamos... —le espeta Esteban, con un aspaviento—. Siempre tienes que sacarle punta a todo.

—¿Acaso tú no quieres otra opción?

—Ya sé —interrumpe el Niño—, podemos votar.

—¿Votar? ¿El qué?

—Pues eso, si queremos una opción o dos.

—Este chico es tonto —sentencia Esteban.

—Pobrecito —añade Román.

—¿Qué? Sólo intento ayudar, sois vosotros los que estáis obsesionados con votar, no yo...

—Dejadlo ya —interviene Pedro—. Román tiene razón, hay otra opción.

—¿Cuál?

—Regresar, dar media vuelta y volver a Francia. Con suerte, en un día y medio estaremos a salvo de nuevo en el *chantier*.

—¿Esa es la otra opción? —pregunta Román, retóricamente.

—Lo sé —se justifica Pedro—, es lo más sensato, pero...

—¡Coño, haberlo dicho antes! Entonces está claro: nos quedamos.

—Bien dicho —le respalda Esteban—. Quién quiere estar a salvo pudiendo jugarse la vida por defender un montículo pelao...

—Aún no hemos hablado todos —señala Pedro—. Niño, ¿tú qué dices?

—¿Estás de broma? Yo me quedo.

—De acuerdo. Entonces decidido. Ahora debemos ocuparnos de trasladar a Madriles a un hospital. ¿Dónde está el más cercano?

—En Francia —apunta Esteban, con un deje irónico.

Madriles hace un gesto negativo con la mano.

—Nada de eso, estoy bien.

—Pero te han disparado...

—Bueno, qué clase de guerra sería si no nos dieran un tiro de vez en cuando...

En el rostro de los anarquistas se esboza una sonrisa emocionada. Arrodillado en una esquina del puesto, el soldado alza la mano con expresión apocada.

—¿Podría irme yo?

Un gusano cruza de lado a lado el puesto de ametralladora cargando a su espalda la última hora de luz que resta del día. Apenas se escucha sonido alguno de batalla, como si repentinamente la hubieran cambiado de sitio sin avisar. La oscuridad se cierne sobre el valle y su sombra se propaga rápidamente convirtiendo el bosque en una masa negra y uniforme que se extiende como una alfombra a los pies del cerro. Poco a poco, el trino de los pájaros es relevado por el canto del búho y algún que otro aullido esporádico, y el poco calor acumulado durante la jornada es arrastrado por el viento que ulula sobre las copas de los pinos. Lejanas estrellas lucen en el firmamento, semiocultas entre un amasijo de nubes que mudan de forma caprichosamente dejando entrever por momentos el pálido perfil de la luna.

Los anarquistas descansan recostados contra los sacos mientras Alonso continúa de rodillas en su rincón, atento a la conversación que mantiene con sus captores y que, al contrario de lo que se pudiera esperar, adquiere un tono distendido, casi amistoso.

—¿Por qué te reenganchaste? —pregunta el Niño.

—¿Qué iba a hacer? —responde el soldado, mientras, con las manos aún atadas, traza garabatos en la tierra con la ayuda de un fino palo—. No tuve más remedio, mis padres ya tenían suficiente con cuatro bocas que alimentar.

—Eso suena lógico —apunta Esteban.

—Sí, pero la vida en el cuartel no me gusta; además, yo no estoy hecho para andar todo el día por esos caminos de Dios. Si tengo que pasar hambre y frío prefiero hacerlo en mi casa, donde al menos puedo encender la lumbre. Lo mío es el campo: los animales, la huerta...

— Nos ha jodido mayo... —dice Román—, y lo mío. Pero no para tener que rendir cuentas a un patrón que se llena los bolsillos a mi costa.

—Siempre hay un patrón —dice el soldado.

—¿Eso crees? —replica Esteban.

—Eso dicen.

—La gente puede decir lo que quiera, pero ¿qué opinas tú?

Alonso se encoge de hombros, intimidado.

—Yo no sé de esas cosas.

—Pero bien que pegas tiros, cabrón... —replica Madriles, apenas sin fuerzas, pero con un insólito sentido del humor.

—Lo siento —se disculpa el joven.

Madriles, extenuado, levanta levemente la mano haciéndole entender que la cuestión está zanjada.

—En tu situación yo hubiera hecho lo mismo.

—¿De dónde son tus padres? —le interroga Pedro.

—De Arties, señor.

—¿Ganaderos?

—Campesinos, igual que yo.

—¿Y por qué un campesino se hace fascista, si se puede saber?

—No soy fascista, señor, ni tampoco lo contrario. Ya he dicho que no entiendo de esas cosas. Cuando estalló la guerra yo estaba de quinto y no pude

elegir.

—Debiste desertar —opina el Niño.

—¿Para qué? Tampoco soy comunista.

El Niño hace ademán de replicar, pero Pedro le detiene con un gesto.

—Ya vale, esto no es un debate.

Pedro se fija en la herida aún sangrante de Alonso y le hace un gesto a Esteban.

—Pásame el botiquín.

Esteban le mira como si no se tomara en serio la petición, pero, al ver que Pedro no varía un ápice su determinación, saca el estuche de la mochila y se lo entrega. Pedro se sienta junto al soldado, le toma del brazo y de un tirón le desgarró la manga de la camisa hasta la altura del hombro; después, empapa la tela sobrante en yodo y comienza a limpiarle la sangre. Alonso se deja hacer sin emitir una sola queja, aunque el dolor se hace patente en su rostro. Cuando termina de desinfectar la herida, Pedro realiza un vendaje y con el mismo jirón de tela le sujeta el brazo en cabestrillo.

—Es todo lo que puedo hacer por ahora.

—Muchas gracias. Quisiera agradeceréoslo, pero no puedo ofrecer más que tabaco —comenta Alonso, afligido, mientras extrae dos cajetillas de su bolsillo como si carecieran absolutamente de valor.

Pedro le mira con una mezcla de sorpresa y satisfacción.

—¡Eh, mirad! —grita el Niño, dirigiéndose a sus compañeros tras apoderarse de las cajetillas con un rápido movimiento—¡Tenemos tabaco, y del bueno!

Esteban y Juanel, que dormitaban despreocupadamente, se incorporan.

—Dame uno.

—A mí dos.

—Esperad, esperad —observa Pedro—, deberíamos racionarlos.

El Niño abre una cajetilla y le entrega un cigarrillo a cada uno, incluido Madriles. Después, tras un momento de indecisión, le ofrece también uno a

Alonso.

—Gracias, no fumo —replica éste—. Eran de mi compañero. Los guardé por si podía cambiarlos por comida o coñac.

—Hiciste bien —comenta Román.

Pedro enciende también el suyo y aspira la primera calada con deleite, sin prisa, degustándolo como si supiera que va a ser el último. Recostado, expulsa el humo hacia la espesura añil del cielo y se pregunta qué les deparará el destino. Piensa en los centenares de hombres que en ese mismo momento se encuentran en una situación similar, agazapados entre rocas y matorrales, hambrientos, ateridos, con los nervios en tensión y el oído alerta ante el más leve crujido, deseando ver la luz del día y temiéndola al mismo tiempo, conscientes de que el despuntar del alba podría llevar consigo el macabro silbido de los obuses.

Recostado a unos metros de distancia, Madriles tiembla a pesar de las dos mantas que lo arropan. Suda y tiritita de frío, pero su rostro aún refleja fortaleza. Al igual que sus compañeros, fuma con ansiedad, como si con ello disimulara el drama de la situación.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Pedro.

—Bien —responde Madriles, sin convencimiento.

—Míralo, pero si está hecho un toro... —comenta Esteban, infundiéndole ánimo.

—Éste tiene más vidas que un gato —añade Román.

—Mañana, cuando Juanel regrese, lo trasladamos al hospital y asunto arreglado —concluye Esteban.

Madriles sonrío, esforzándose por mantener la entereza.

—No sé si podré andar...

—Bueno, hombre, pues te llevamos a caballito —bromea el Niño—, así, mientras, puedes tirarle a los fascistas con el naranjero... ¿Qué te parece la idea?

Pedro aplasta la colilla bajo su bota y se dirige al soldado.

—¿A qué unidad perteneces?

—Batallón “Albuera”, señor, primera Compañía.

—¿Por qué te dejaron aquí?

—Mi compañero y yo estábamos encargados de frenarles el avance hacia la Bonaigua hasta que llegaran refuerzos.

—Y esos refuerzos, ¿cuándo crees que llegarán?

—No lo sé, señor. Hace cinco días que no recibimos órdenes del Mando. No tenemos equipo de transmisiones.

—Pues vaya un Ejército —se burla el Niño.

—¿Por qué no te sumas a nosotros? —propone Esteban, espontáneo.

—Eso —dice Madriles, con voz débil—, así no tendré que matarte.

Tras un silencio, Alonso sonríe con nerviosismo.

—No sé, no me parece buena idea.

—¿Por qué? Antes dijiste que no eres fascista.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué? Habla sin miedo.

—Verá, señor, lo cierto es que...

—Vamos, dilo —le impreca Esteban.

—No se ofendan, pero...

Román saca la pistola, la amartilla y apunta a la cabeza de Alonso.

—Suéltalo de una maldita vez, coño, que me estás poniendo malo...

—Creo que vuestro bando va a perder. No es que nosotros seamos mejores ni nada de eso, pero es que detrás de estas montañas hay al menos cincuenta mil hombres preparados para haceros frente... No tenéis nada que hacer.

—Vaya novedad —replica Pedro, impasible.

—Cuéntame algo que no sepa —añade Esteban.

—Bah —alega Román, mientras vuelve a enfundar el arma—, creí que te referías a otra cosa.

—¿Has dicho cincuenta mil soldados?! —repite el Niño, alzando el tono —. ¿Y cuántos somos nosotros?

—Unos once mil en total, creo —responde Pedro—; aquí, en el valle, más o menos tres mil.

—Joder... —concluye el Niño, tras hacer el cálculo—, eso hacen quince por barba.

—¿Te parecen muchos? —Román se burla con chulería— Si quieres podemos pedirles que vengan de dos en dos... o de uno en uno, si ves que te acojonas...

El Niño hace un gesto restándole importancia.

—No, está bien. Está bien.

—Bueno —dice Pedro, poniéndose en pie—, ya casi es noche cerrada. Yo haré la primera guardia. Esteban, te avisaré para el relevo.

Saca de la mochila una linterna y la enciende para comprobar que funciona; se guarda dos cigarrillos y se despide. Tras abandonar el puesto y dar una vuelta alrededor, se sienta sobre una piedra y observa el silencio negro de la montaña, cuyo contorno se difumina en la oscuridad de la noche. La tranquilidad es casi total, quebrada sólo por el aleteo fugaz de un murciélago o el paso apresurado de algún ratón de campo en busca de comida. Pedro respira despacio y deja que sus pulmones se llenen de aire frío; quiere relajarse, pero no puede. Intenta pensar en cosas positivas: recordar algún momento de su vida familiar, una década antes, allá por el año treinta y cinco; sin embargo, sus recuerdos aparecen confusos y apenas consigue visualizar con nitidez el rostro de su esposa. Imágenes de muertos se interponen en su mente, como si trataran de negarle su derecho al más mínimo atisbo de alegría. Y después, como un martilleo incesante, el número que se repite una y otra vez, una y otra vez, en la voz de Alonso: cincuenta mil hombres. Por primera vez desde que él y sus compañeros abandonaran la protección de los bosques franceses, se permite preguntarse a sí mismo qué está haciendo ahí, por qué se ha embarcado en una batalla en la que no tiene ninguna posibilidad de ganar, por qué animó a la brigada a seguir adelante tras la muerte del Manco sabiendo que lo más probable era que acabaran prisioneros o muertos. Se pasa una

mano por la mejilla y siente el húmedo rastro de las lágrimas. Estás llorando, se dice a sí mismo, sorprendido de verse todavía capaz de algo así.

Una lechuga cruza por delante del cerro y se pierde entre las copas de los árboles. Pedro apenas puede verla durante unos segundos antes de que desaparezca, pero la visión le embarga con la emoción de un buen presagio. Quizás todavía no se hayan esfumado las esperanzas, piensa, quizás aún podamos contarlo.

Un buen rato después, Pedro continúa en la misma postura, ensimismado en la noche y en su pensamiento. De pronto, siente unos pasos detrás de él. Es Esteban, que llega con su fusil al hombro y el cigarrillo en los labios.

—Es mi turno. Creí que te habías dormido.

Pedro le mira con extrañeza. No ha sido consciente del paso del tiempo, pero se siente cansado. Entonces se percata de que los dos cigarrillos aún están en su bolsillo. Los coge y se los ofrece a Esteban.

—Está bien —dice, poniéndose en pie—. Buena guardia.

Pedro lleva un rato despierto cuando amanece. Junto a él, el humo de una pequeña hoguera lame las piedras del puesto y se disipa con el aire como si no quisiera llamar la atención. Al fuego, un puchero de hierro en el que humea un líquido pardusco que recuerda vagamente al café.

Román regresa de la guardia con los hombros encogidos y frotándose las manos.

—Con esta rasca no hay quien se arregle —dice, mientras se sienta y se sirve una taza—. No sé pa qué queremos el sol si no calienta... —le da un pequeño sorbo a la achicoria y escupe el líquido al suelo— ¡Agh! Sabe como el hocico de un perro...

—Yo diría más bien como el culo de un perro... —precisa Pedro—, pero está caliente.

Román recapacita y le da un segundo sorbo, esta vez sin tanto sobresalto.

—Tienes razón —dice—, es mejor que nada. Una vez que se pasan las náuseas hasta tiene su aquel...

Mira de reojo a Madriles, que yace dormido bajo las mantas.

—Déjalo dormir —le indica Pedro, haciéndole un gesto—. Se ha quejado mucho en las últimas horas, pero ya se ha calmado. Creo que aguantará.

—Eso suponiendo que venga alguien...

—Claro que vendrán —replica Esteban, que acaba de despertarse—. Si el muchacho no nos mintió, Juanel ya debe de estar al caer.

—Claro que no he mentado —se defiende Alonso, mientras se incorpora y se sacude la tierra del uniforme.

Esteban y Román le miran atónitos.

—¿Cómo se ha soltado este desgraciao?

—Yo le corté la cuerda —aclara Pedro—, no tenía intención de escaparse.

—¡Coño! —se queja Esteban— Tal vez no quisiera irse, pero podríamos habernos disparado a todos.

—O habernos rajado el cuello mientras dormíamos...

—¿Con qué, con las uñas de los pies? —replica Alonso, haciendo ver que no hay ningún arma a su alcance.

—El chico tiene razón —le apoya Pedro—, yo tengo su navaja y su pistola. Y vosotros, valientes, dormís con el fusil tan abrazado que parece vuestra novia.

—Ya decía yo que había oído a este decir guarrerías por las noches —bromea Esteban, señalando a Román—. No nos habías dicho que tenías novia...

—Eso es porque sueño con la tuya, imbécil —replica el otro.

—Te voy a...

—Dejadlo ya, muchachos, no conviene malgastar energía.

Esteban señala a Román con el dedo amenazante y éste se lo aparta de un manotazo, pero Esteban insiste. Así una vez y otra hasta que, finalmente, Pedro aprovecha el gesto de Esteban para colgarle una taza pasándole el asa por el dedo estirado. Después, mientras los compañeros ríen, se dirige al soldado con un gesto de invitación.

—Márchate si quieres.

Alonso duda.

—¿Adónde?

—Tú sabrás. Vuelve a tu Compañía.

Alonso medita un instante.

—Prefiero quedarme, señor —contesta, cabizbajo.

—¿Quieres desertar?

—No, no quiero, pero si regreso desarmado me veré en un grave apuro.

—¿Qué quieres decir?

—Con el debido respeto, señor, el Ejército les considera bandidos, no soldados. Oficialmente, por tanto, no estamos en guerra, y el reglamento dice que el coste por deterioro o pérdida del armamento en situación de paz deberá ser restituido en su totalidad por el propio soldado interesado.

—Joder, menuda forma de incentivar al personal... —comenta Esteban.

En ese momento, el Niño regresa corriendo al puesto, tan sofocado y nervioso que apenas puede hablar.

—Ya vienen —balbucea.

—¿Quiénes?

—Muchos hombres... armados.

—¿De los nuestros o de los otros? —pregunta Román, impaciente.

—De los otros.

—¿A qué distancia?

—Un kilómetro, tal vez menos.

—¿Cuántos son?

—Ochenta, cien... no estoy seguro.

—¿Y por qué no has avisado antes?

—Era de noche, ¿cómo demonios iba a verlos?

—¡Mierda! —se lamenta Esteban—. ¿Y dónde coño está Juanel?

Durante un instante, la mente de Pedro se evade y retrocede hasta la noche anterior, cuando sentado apaciblemente bajo las estrellas soñaba con que todo podía salir bien. Ahora, sin embargo, la intuición le dice que estaba equivocado, y el frenético palpito de su corazón le indica que no hay tiempo que perder.

—No podemos esperarle.

—Entonces éste, ¿se va o se queda? —pregunta Román, con gesto confuso.

—Me quedo —aclara el soldado.

Pedro le mira fijamente, más serio de lo que nunca antes ha estado.

—Entonces tendrás que disparar.

Alonso agacha la cabeza en un gesto de resignación. Pedro se da cuenta de que es inútil insistir, sabe que el muchacho tiene demasiado miedo como para tirar contra su propio bando.

—Está bien —concluye, autoritario—, échate a un lado y no molestes o yo mismo te pego un tiro, ¿está claro?

—Sí, señor. Gracias.

Pedro y el Niño toman posición con sus fusiles mientras Román y Esteban se encargan del armamento pesado. Román se sitúa al mando de la ametralladora y espera con expresión impaciente; a su lado, Esteban examina de arriba a abajo el mortero tratando de averiguar cómo funciona. Román le observa, divertido.

—Si quieres te saco las instrucciones.

—Que te den por saco.

—Mira que el agujero ese es para disparar, eh... que te conozco...

Esteban empuja la basa del mortero y orienta el ojo del cañón hacia la dirección en la que se encuentra Román.

—¡Eh, eh, menos bromas, que estas cosas las carga el diablo!

—¿Alguien sabe cómo cojones funciona este trasto?

—Pues muy fácil: se carga y se dispara —explica el Niño.

—Mira el listillo... eso también lo sé yo. Pero habrá que echarle pólvora o algo...

Pedro y Román se miran sin poder disimular la risa. Esteban, ofendido, la toma con el soldado.

—Tú, ven aquí y ayúdame.

—Pero yo...

Esteban saca la pistola y le apunta.

—Pero ¿tú qué?

—Nada.

Alonso quita el pestillo del seguro y corrige la dirección del tubo para afinar la puntería; después, coge un proyectil del saco que hay a sus pies y la deja caer al interior del tubo. La detonación produce un sonido hueco y levanta una nubecilla de humo. Expectantes, los anarquistas siguen el silbido del proyectil, que, segundos después, impacta lejos de su objetivo.

—Has fallado —le recrimina Esteban.

—Si crees que es tan fácil por qué no lo haces tú mismo —se defiende el soldado.

—¡Apártate!

Esteban se pone al mando del mortero y corrige de nuevo la puntería. Madriles, que se ha despertado con el estruendo del disparo, se incorpora con esfuerzo retirándose las mantas.

—Dadme un arma.

—Vuelve a tumbarte, así no puedes disparar —le dice el Niño.

—Dádsela —ordena Pedro.

Madriles coge un fusil y una pistola y se levanta. La herida de la pierna aún sangra y el dolor le impide caminar. Se apoya contra la pared frontal de la trinchera y asoma el cañón por una de las ventanas del muro. Instantes

después, resuena el segundo impacto de mortero, que vuelve a errar el blanco.

—¡Joder! ¡Me cago en la...!

Esteban no ha terminado de hablar cuando se escucha el silbido de un proyectil acercándose a la posición. Los hombres apenas tienen un par de segundos para cruzar una mirada agorera.

—¡Al suelo!

La explosión tiene lugar a escasos metros. Una nube de polvo y tierra les recubre por completo.

—Si nos quedamos aquí nos van a freír —dice el Niño.

—Disparad al cañón —ordena Pedro—, al cañón.

Román hace rugir la ametralladora sobre la posición enemiga al tiempo que Esteban realiza el tercer disparo de mortero. Esta vez el proyectil impacta con éxito entre las filas franquistas. Al momento, varias ráfagas impactan contra el muro de piedra. De cuclillas en un rincón, Alonso se tapa los oídos con terror. Un silbido alerta de la proximidad de un segundo obús. Los hombres se agazapan, inmóviles, protegiéndose la cabeza entre los brazos. El proyectil impacta más cerca que el anterior y revienta una de las paredes de la trinchera. Una de ellas cae sobre el mortero dejándolo inservible.

—Genial —ironiza Esteban—, ahora tendremos que lanzar los obuses con la mano.

—Voy a salir —dice el Niño.

—De eso nada.

—¿Es que quieres que te maten?

—Hay que cubrir la posición desde más adelante o no podremos evitar que tomen el cerro.

—Es cierto —dice Pedro—, pero tú quédate. Yo lo haré.

—No, ha sido idea mía.

—He dicho que te quedas —le ordena Pedro, pero, antes de que pueda reaccionar, el Niño ya ha saltado la pared y avanza hacia uno de los vértices del montículo.

—¡Maldito chico!

Mientras el Niño corre en dirección a unos peñascos, dos cañonazos resuenan simultáneamente y sus impactos hacen tambalearse el muro frontal de la trinchera, que finalmente se desmorona. El Niño se apoya tras una roca y comienza a disparar con el fusil hasta que agota la munición. Entonces, en un acto de temeridad, desenfunda la pistola y trata de avanzar la posición, pero a mitad de carrera una ráfaga de metralleta le alcanza de lleno haciéndole caer de espaldas.

Pedro maldice e intenta salir en su ayuda, pero Román lo retiene.

—¡Déjalo, Pedro! Ya no se puede hacer ná...

—Román, échame una mano —le pide Esteban—, vamos a darles cera a esos cabrones.

Entre los dos cargan la ametralladora en vilo y la trasladan junto al peñasco donde poco antes estaba el Niño, la emplazan y comienzan a disparar sin miramientos. La máquina hace un ruido ensordecedor, sin embargo, ninguno de ellos se tapa los oídos ni expresa la más mínima queja; al contrario, intercambian una mirada de complicidad.

Pedro observa la situación, consciente de que el final es cuestión de minutos. Entonces se percata de que Madriles se tambalea como si fuera a desplomarse de un momento a otro.

—Chico —dice, refiriéndose a Alonso—, ayúdame a moverlo.

Lo trasladan fuera de la trinchera, hasta un llano cubierto de hierba, y lo apoyan en el suelo.

—¿Cómo estás? —pregunta Pedro, aunque conoce de sobra la respuesta.

Madriles intenta hablar, pero está demasiado débil.

—Trae un poco de agua. Está en mi mochila, junto al mortero.

Alonso corre a la trinchera. Mientras busca la cantimplora, un nuevo silbido le alerta del peligro; se incorpora e intenta huir, pero el estallido del proyectil le corta el paso lanzándole contra el muro. Segundos después, su

cuerpo yace muerto boca abajo, con la cantimplora aún en la mano.

Pedro se aproxima y, tras cerrarle los párpados, coge la botella y regresa junto a Madriles. Desenrosca el tapón y vierte el líquido con cuidado en los labios de su compañero.

Una nueva ráfaga ruga con fiereza desde la posición de Román y Esteban. Éste último retira la anilla de una granada de mano, la lanza con fuerza y se sienta en el suelo de cara a Román, recostados ambos contra la piedra que hace las veces de parapeto.

—Recuérdame qué coño hacemos aquí —dice.

—¿Y tú me lo preguntas? Fue idea tuya.

—¿Mía? Pero qué dices...

—Yo quería abrir un bar de tapas en Toulouse, pero tú te empeñaste en seguir pegando tiros. Estabas eufórico por venir a luchar con los comunistas, ya sabía yo que algo no te funcionaba aquí dentro... —añade Román señalándole la cabeza.

—¿Un bar de tapas, dices?

—Claro —prosigue Román, tras disparar una nueva ráfaga—, yo iba a ser el cocinero y tú la camarera, ¿recuerdas? Prometiste ponerte un vestido de faralaes.

—Debía de estar borracho...

—¿Borracho? ¡Como una cuba! —aclara el otro, soltando una risotada.

—Bueno, lo hemos pasado bien —dice Esteban, mirándole con gesto cómplice.

—Sí, muy bien.

Tres segundos más tarde, un obús hace impacto en el preciso lugar donde ambos se encuentran apostados, haciendo saltar por los aires la ametralladora, las rocas y a los dos hombres. Cuando el humo se disipa, no queda más que un cráter en la tierra y dos cadáveres chamuscados, uno al lado del otro.

Unos metros más allá, Pedro y Madriles presencian la masacre. Con las

fuerzas que le quedan, Madriles amartilla su pistola y se la da a su compañero.

—Ya sabes lo que hay que hacer.

—No, no puedo hacerlo.

—Vamos, amigo, hay que cumplir el código.

—A la mierda el código —protesta Pedro.

Madriles le mira fijamente y le agarra de la camisa.

—No pienso dejarme que me atrapen. Vamos, dispárame.

—Lo siento, pero no puedo...

Madriles esboza una leve sonrisa.

—¿Qué dice tu dios sobre los cobardes?

Pedro deja la cantimplora en el suelo y con el dorso de la mano le limpia la sangre de la comisura de los labios.

Al ver que no contesta, Madriles le suelta la camisa con expresión resignada.

—¿Jesús y Odín viven en el mismo cielo? —Pedro contiene las lágrimas y asiente con un gesto— Entonces espero verte allí.

Acto seguido, se coloca el cañón de la pistola apuntando a la sien.

Pedro ladea la cabeza y cierra los ojos. El sonido opaco de la detonación martillea sus tímpanos hasta convertirse en un agudo zumbido; después, el silencio, un silencio espeso y acuoso que se prolonga durante un tiempo impreciso. Permanece inmóvil, incapaz de reaccionar. Finalmente, alza la mirada y observa el escenario que le rodea, pero a su mente no acude ningún pensamiento concreto, ninguna reflexión. Por todas partes se elevan al cielo estrechas columnas de humo negro; la trinchera está destrozada y sus piedras esparcidas sobre el terreno; numerosos cráteres agujerean el cerro como si se tratara de un queso de Gruyère. Lentamente, como quien regresa a la realidad después de un profundo sueño, sale de su ensimismamiento y siente la suave caricia del viento que anuncia tormenta. Posa el cuerpo de Madriles en el suelo y, tras levantarse, camina hasta la trinchera con paso errabundo. Dos explosiones más tienen lugar muy cerca, pero apenas se inmuta. Se aproxima al

cadáver de Alonso y comienza a desvestirlo. Cuando le ha despojado del uniforme, se quita sus propias ropas y las cambia por las del soldado, tras lo cual arroja al suelo sus armas de guerrillero y se enfunda las del Ejército. Coge la cantimplora y vacía todo su contenido sobre su cabeza a modo de ducha. El agua fría le reconforta, despabilándolo. Se suelta el nudo del pañuelo para respirar mejor y, tras secarse la cara, se lo guarda en el bolsillo del pantalón. Rebusca hasta dar con la cajetilla de cigarrillos de Alonso, extrae uno y lo sujeta en los labios. Después, se arrastra hasta una esquina y se recuesta contra el muro. El sol está alto y la luz le molesta, cegándolo. Quiere fumar, pero está demasiado cansado como para buscar un encendedor. Con el paso de los minutos comienza a sentir el cuerpo anquilosado, como si le hubieran soldado los huesos de las articulaciones. Una sensación de calor interno le recorre y, poco a poco, se siente más débil y desorientado, hasta que la confusión se apodera de él y le arrastra hacia el borde mismo de la inconsciencia.

—¡Despierta, soldado! —repite la voz, ronca y firme.

Pedro abre los ojos y se incorpora. Mira a su alrededor y comprueba que no está en el cerro, sino en una pequeña explanada rodeada de bosque. El hombre que está frente a él viste uniforme de mando y lleva varios galones en la pechera.

—¡Identifíquese!

Consciente, al fin, de la situación, Pedro piensa una respuesta apropiada.

—Alonso, mi comandante.

—¿Alonso qué?

Pedro se esfuerza, pero no consigue recordar el nombre del soldado.

—Alonso... Quijano —improvisa.

—Anda, mira, como el Quijote —comenta un soldado.

—Aún está grogui, mi comandante —dice otro—, no sabe ni cómo se llama.

El comandante mira a Pedro con suspicacia.

—Está bien, Quijano, ¿Cuál es su unidad?

—Batallón “Albuera”, mi comandante. Primera compañía.

—Tú, compruébalo por radio —dice el mando, señalando a un par de soldados—, y tú quédate con él, a ver si puedes hacerle caminar. Los demás volved al trabajo, rápido.

El grupo que rodea a Pedro se dispersa entre risas y murmullos. El soldado que se ha quedado con Pedro le ofrece la mano. Una vez en pie, Pedro se siente de nuevo en plena posesión de sus facultades, pero decide fingir lo contrario.

—¿A qué día estamos? —pregunta.

—A martes.

—Me refiero al número.

—Veintiocho de octubre.

—Los bandoleros, ¿qué ha pasado con ellos? —pregunta.

—¿Es que no recuerdas nada? —pregunta el otro mientras un gesto de satisfacción se apodera de su rostro aguileño, y sin esperar respuesta aclara, ufano— Huyeron como ratas, a estas alturas deben de estar en Francia o más allá. Nosotros hemos venido barriendo la retaguardia a la caza de algunos rezagados. Yo maté uno ayer mismo en mitad del bosque —le explica, mientras saca de su bolsillo un pañuelo a modo de trofeo.

Pedro reconoce inmediatamente el pañuelo de Juanel y siente el impulso de abalanzarse sobre el soldado, pero se contiene, al fin y al cabo, eso no le va a devolver la vida a su amigo.

—Supongo que no te resultó difícil...

—Al revés —aclara el soldado—, el muy cabrón se revolvía como una bestia salvaje. Tuve que vaciar el cargador.

Pedro contiene las lágrimas al borde de las cuencas y mira hacia la línea frondosa del bosque, a unos treinta metros de allí. Saca su pañuelo y se lo muestra al soldado con un fingido gesto de complicidad, como si también él se

lo hubiera arrebatado al cadáver de su víctima.

—Oye, si no te importa voy a mear a esos árboles —dice—. Vigila que no me vea el comandante, ¿de acuerdo?

El soldado sonríe.

—Eso está hecho. hombre.

Pedro camina sin prisa, procurando no mostrar impaciencia. Cuando ha recorrido una decena de metros se gira y sonríe a su vigilante, que le devuelve un gesto amistoso. Todo va bien hasta que, por un lateral del llano, distingue al soldado encargado de realizar la comunicación con el Batallón “Albuera”, el cual se aproxima a la carrera haciendo aspavientos y llamando a voz en grito.

—¡Comandante!

Este le sale al paso y lo detiene. Pedro acelera la marcha y mira al frente, sólo quince metros le separan del límite del bosque.

—¡Deténgalo —grita el comandante—, es un bandido!

Al oírlo, Pedro echa a correr frenéticamente, como alma que lleva el diablo. Sólo diez metros más y tendrá una oportunidad de seguir con vida, quizás la última oportunidad para regresar a Francia y olvidarse de una vez por todas de esa maldita locura. A cada zancada siente el retumbar del suelo bajo sus botas, la cadencia acelerada de su respiración, todos los sonidos del bosque mezclados en un único y agudo graznido. Mientras corre, ruega a Dios que le ayude, que interceda por él en esta hora funesta a cambio de la promesa de no volver a pedirle jamás nada. Que le salve en compensación por todos los compañeros que han caído, por aquellos que murieron en sus brazos. Por la injusticia de ver a los amigos muertos, a los familiares muertos. Que le salve, aunque eso suponga una vida de aflicción y tormento.

A unos metros de la linde, una ráfaga resuena con ronco estruendo. Pedro detiene la carrera en seco, sin volverse. Mientras recupera el aliento contempla el bosque frente a él como quien mira un horizonte inalcanzable. No siente dolor, ni miedo, ni cansancio. Sólo una honda decepción acompañada de un cierto alivio. Entonces, por primera vez, percibe el sutil aroma de las plantas

y la tierra, húmedas aún por el rocío, y esa fragancia se apodera de sus sentidos como si de un efecto sedante se tratase. Cierra los ojos y, uno a uno, proyectados en su mente como en una pantalla de cine, ve pasar los rostros sonrientes de todos sus compañeros de Brigada. Quiere sonreír, pero no puede; el cuerpo no le responde, endeble como un muñeco de trapo. Un instante después, su conciencia se desvanece. Al tiempo que exhala el último aliento, se hinca de rodillas y se desploma de bruces contra el suelo.